



TÓPICOS DEL HUMANISMO
Nº 147
Noviembre
del 2017



Soy un hombre solitario lleno
de cosas maravillosas.

No me vas a encontrar en un salón de baile
o en un partido de fútbol.

Tal vez me encuentres en un cine
viendo una buena película.
O tal vez me encuentres conversando
con un niño de cosas profundas.

En alguna parte estoy.
Búscame, búscame dama solitaria,
búscame con tu corazón.

Tal vez un día me descubras
en una montaña
sentado al pie de un gran ciprés:
plácido y realizado.
Te invitaré a sentarte conmigo;
te hablaré de mi hacha,
con la que he cortado muchas de mis cadenas;
te miraré lleno de seguridad;
y bajaremos a la ciudad tomados de la mano.

Soy un hombre solitario lleno
de cosas maravillosas.
En alguna parte estoy.
Búscame, búscame dama solitaria,
búscame con tu corazón.

Suspiros de menta

Nunca olvido llevar las pastillas de menta
cuando voy a estar contigo.
Besos de menta, suspiros de menta, abrazos de menta.

Eres la primer mujer que me hace suspirar,
esto se debe a que eres muy natural.
Las mujeres deberían aprender de ti,
volverse naturales como tú.
Eres toda una maestra en esto de ser natural.

No eres una mujer de la serie narcisa, orgullosa.
Domina en tu personalidad lo natural.
Y por si esto fuera poco, también eres cariñosa con los
niños.
Eres una maestra de kindergarden consumada.

Nunca olvido llevar las pastillas de menta
cuando voy a estar contigo. Besos de menta,
suspiros de menta, abrazos de menta.

Mi calvicie

Mi calvicie es un castigo de los dioses
porque me porté mal.

Las mujeres me rechazan por mi calvicie,
pero yo les cambio la idea.
Al final,
caen en mis brazos.

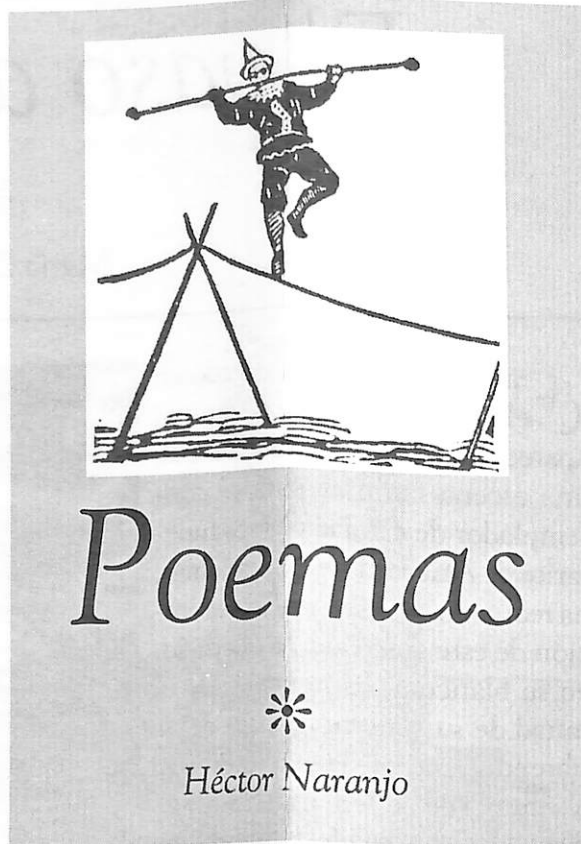


Me gusta el color rojo,
por esto compré un paraguas de ese color.
La calvicie y el paraguas rojo:
estos ahuyentan a las mujeres.
Pero yo les cambio la idea.
Al final,
caen en mis brazos.

Los billetes de mil en mi pueblo son de color rojo,
¿cómo me gustan estos billetes!,
¿cómo quisiera tener muchos rojos!
¿permitirían los dioses que me vuelva millonario?
Estoy seguro que sí, si me porto bien.

Tardes de verano en Costa Rica y Ludwig van Beethoven

¡Es una tarde de verano bellísima!
Empieza el atardecer.
Voy en mi automóvil Ford Mustang del 74.
Llevo puesto en mi estéreo
la sinfonía pastoral de Beethoven.
Hay mucho tránsito a esta hora.
Una bella dama me hace una señal.



Quiere pasar al otro lado.
"Pase, pase preciosa", le digo.
¡Me siento lleno de salud!

Cerca hay dos automóviles chocados.
Los dueños discuten fuertemente.
Paso y le digo: "Paz, paz hermanos".

En una esquina hay una fila
de personas que esperan el autobús.
Cerca hay una cafetería.
Nubes blancas y grises en el cielo.
¡Todo me parece maravilloso!

Una joven camina en dirección a la cafetería.
Lleva puesta una minifalda.
La miro. Nos cruzamos una mirada.
Su mirada es hostil.
"Calma, calma muñeca; no te pongas a la
defensiva; tienes un lindo cuerpo y unas piernas
preciosas",
pienso en mi interior. La joven entra a la cafetería.
Nunca le he dicho una vulgaridad a una mujer.
Miro el mundo con admiración.
Voy a recoger a unos niños
para llevarlos a una fiesta.
Les tengo preparada una lección de música.
Les hablaré de la vida de Beethoven.
Después les pondré el *molto vivace* de la novena
sinfonía.
Para sorprenderlos. Beethoven utiliza varios
instrumentos de
viento en este movimiento. Les diré cuáles son.
¡Esta es una tarde de verano perfecta, preciosa!

La cantante Karen Carpenter

Eres una delgadita, preciosa, deliciosa, ¿cómo me
gustás!

Me enamoran las canciones, tu voz angelical, tu
figura.

¡Cómo te extraño!
No me acostumbro a que no estés en el mundo,
pero vivís en las canciones y fotografías.

Si pudieras comunicarme con el más allá
si pudiera conocerte
si pudiera amarte
lo haría.

Tal vez pueda conocer a una dama parecida a vos,
romántica y distinguida. ¿Dónde hay una dama así?
Guíame Dios, guíame hacia ella. Si lo haces, te deberé
un favor.
Yo correspondo con los favores que me hacen. Soy un
hombre agradecido.

Sos mi psicóloga favorita;

me librás de muchos males,
me cambiás la frecuencia mental.
Entre las terapeutas y psicólogas del mundo
te distinguís. Y no cesaré de hablar bien de vos,
de recomendarte, de amarte aunque no estés.

Rod Stewart

Rod
canta una canción.

Rod
invitemos a un par de chavalitas a la montaña.

Rod Rod
quiero ser tu amigo
quiero darte un apretón de manos
quiero darte un fuerte abrazo.

Rod Rod hola hola
algo me dice que sos un gran tipo,
me simpatizas, me agradas.

Tu nombre empieza con ere
Ere de riachuelo
Riachuelo de la montaña: eso es lo que sos.
Tus fotografías señalan que tu manera de ser
es apacible, tranquila. Esto explica tu rock
sentimental, romántico.

Rod Rod juguemos como niños, juguemos damas.
A que te gano, ¡defiéndete!, ¡divirtámonos!

¡Cómo me gusta tu voz, qué voz más especial!
Te admiro señor del riachuelo.

Sócrates

¡Oh Sócrates, paterno, guerrero de la mente,
tratabas de construir una aristocracia de la humildad,
así conceptualizabas tu idea de estirpe divina;
tal vez considerabas que es más fácil amar
siendo humilde, que amar siendo orgulloso y egoísta.

¡Oh Sócrates, guardián supremo de la virtud!
Luchaste contra la mediocridad porque la
mediocridad
es un asunto de incapacidad de amar.

¿Cuál fue tu impresión al conocer a Platón?
"¡Este es un gran muchacho!", seguro que pensaste.
Platón era un muchacho soñador y siguió algunos de
tus sueños.

¡Sócrates!, tu sueño de humildad todavía no se ha
hecho realidad,
¿cuándo se hará realidad? En estos tiempos abundan
los farsantes,
abundan tipos orgullosos, arrogantes, soberbios.
Algunos pertenecen a tu misma estirpe divina,
algunos son aristócrates porque son humildes.
¡Oh Sócrates, siembra tu cálido mensaje!

Alas renacidas

Cuando era un niño,
se llevaron lejos a mi madre,
me llevaron a la plaza del pueblo,
y allí
junto a una multitud fanática,
un verdugo me cortó mis alas.



La dama de la naturaleza

¡Oh dama de la naturaleza
de montañas y pueblos lejanos,
yo te quiero!

Los transeúntes se detienen a mirarte.
Sobresales entre las mujeres.
Tu belleza no es terrenal.
Te distingues, eres distinta,
¡algunas mujeres deben estar celosas!

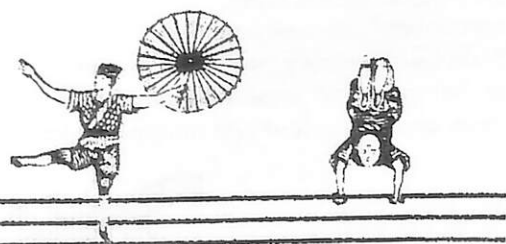
No hay rasgos de pesos psíquicos en tu
manera de ser como el orgullo y el egoísmo.



El vaso de Atenas



María Zambrano



El color de tus mejillas es como el de una niña que juega: muy rosado. Y tú misma eres una niña liviana, suelta, volátil. No solo el pensador tiene desarrollado el sentido de la admiración: también el poeta. Y no puedo dejar de admirarte, ¡oh dama de la Naturaleza!

No me equivoco si pienso que no eres superficial, no me equivoco si pienso que no eres violenta. Algún escritor te convertirá en la princesa de algunos de sus cuentos. Y algún cantante romántico te recordará en alguna de sus canciones.

Luto por Charly.....

¿Quién desea reír y jugar como los niños?
Los niños embellecen este mundo cruel.

¿Conoces la historia de Charly, el niño que deseaba convertirse en un héroe como el hombre araña?
Se volvió rufián y pederasta. Sólo conservó de su infancia el amor por los perros.

¿Qué le hace la vida a los hombres para que pasen estas cosas?
¿Quién puede explicar estas cosas?, ¿cuál pensador tiene una explicación?
¿Quién desea reír y jugar como los niños?
Los niños embellecen este mundo cruel.

Un día Charly se puso a pensar en su vida y sintió arrepentimiento. Decidió en un momento de cordura matar a tres pederastas conocidos para que no hicieran más daño y matarse después. Charly fue muy valiente.

¿Por dónde vaga ahora el alma de Charly?
¿Cuánto tiempo requiere para pagar sus faltas?
¿Tendrá una nueva oportunidad?, ¿se redimirá?
El ojo vigilante de Dios lo mira con interés.

¿Quién desea reír y jugar como los niños?
Los niños embellecen este mundo cruel.

El poeta.....

¿Qué es un poeta?
¿es una luz en la oscuridad?
¿es alguien en quien se puede confiar?
¿es reflexivo como el sabio?

El poeta se las pasa fantaseando.
Soñando despierto.
Puede no escribir versos,
pero es amable y no es egoísta.
Puede no escribir versos,
pero es amoroso y paterno con los niños, también le encantan las mujeres y es cariñoso con los perros.

A veces la vida lo mete en laberintos mentales, pero trata a toda costa de salir de ellos; lo distingue su fuerza moral en este tipo de faenas.

A veces parece que pierde la partida, a veces parece que pierde en el póquer de la vida, pero no hay que desesperarse, algún día llegará la victoria.

Ser poeta es un estado mental muy especial.



En un leucyos conservado en el Museo Nacional de Atenas aparece en una forma pura, simple, una escena familiar para el contemplador de estelas y vasos funerarios de Ática. El tiempo, además, ha reducido a lo esencial la decoración de este vaso que ha quedado, en su blancura, liso en más de la mitad de su superficie, para dejar libre enteramente la escena en que una mujer de belleza indefinible se



dispone a seguir a Hermes, que con el caduceo vuelto hacia abajo imperturbablemente acaba de llegar a buscarla. Se siente que se ha detenido en ese instante su absoluta velocidad, es un instante equivalente más que a una sola palabra, a un silencio único, el instante del silencioso cumplimiento. Del otro lado de Hermes y sin que él parezca tenerlos en cuenta para nada, unos padres —que han de ser— que se quedan, que se han quedado por lo pronto mudos y fijos, más inanimados que la hija, que con flexibilidad de blanda planta, inclina la cabeza y tiende su mano al brazo de Hermes, en un gesto de indecifrable entrega.

Ninguna otra figura acompaña a la escena, dada en términos esenciales como un teorema o un axioma, o más bien un último escollo, un enunciado matemático que en este caso acentúa, por la figura misma del dios Psicopombo y de su dócil visitada, una anunciación. Y de ser palabra, esa escena solo un verbo tendría. Una escena en que número y verbo se hacen sentir, por su ausencia en lo visible, pues se han retirado, y quien la contempla se siente asimilado a las quietas absolutamente silenciosas figuras de los padres, acá en este lado de la vida, separados del misterio, sin participación. Todo les ha sido sustraído, ellos son los que aparecen despojados de la vida en la imposible situación de seguir en ella, en la vida, y sin Ella, la que sin mirarlos se entrega enteramente. Y detrás de ellos, si volvieran hacia el otro lado la vista, solo la blancura lisa, simple blancura sin brillo ni modulación alguna recibiría su mirada. El lugar de un lado, Ella separada por el silencio del instante absoluto, de otro. Ni en un lado, ni en el otro hay tiempo. El transitar del tiempo que en las demás escenas de la cerámica griega se siente aleteando; que en la estatuaría, por ritual "arcaico" que sea, se siente bañándolas, no aparece en los vasos y estelas funerarios.

Las figuras de los dioses transitan por el tiempo y lo avivan, y a veces lo concentran como tesoro concedido a su inmortalidad. Es el mismo tiempo del que los mortales disponen limitadamente, y que para ellos junto con el espacio se despliega ilimitadamente. Nunca el arte griego muestra la intención de situar las figuras divinas en un lugar fuera del tiempo sensible, ni de la extensión visible. Solo en el arte funerario se produce la detención o la huida del transitar temporal. Y con esa levedad confiada a la realización de las manos de artis-

tas y de artesanos, se pone de manifiesto la diferencia entre las imágenes de los vivientes —de los que ven y son visibles, de los que escuchan y tienen palabra— y de aquellos que descendieron a los inciertos lugares de la sombra, del silencio, de la privación del tiempo. No abrigaron una teología de la muerte; renunciando desde muy pronto a toda idea de conservación del cuerpo. Las máscaras del

período micénico dejaron el rostro del supuesto Agamenón, rey victorioso, devorado por el rencor de la esposa, la tenebrosa madre condenada por la luz de Apolo. El silencio, el recogimiento absoluto que emana de la máscara de oro, manifiesta algo invulnerable, algo así como la impenetrabilidad del ser que se retiró de la vida y que ya nada tiene en común con ella, separado, absoluto. Invulnerable forma vaciada en el metal solar, un sol que apenas puede ser visto sin hacer ver nada, una frontera de la luz invisible. Ningún culto al cuerpo del difunto que, devuelto a la tierra, no ofrecerá resistencia alguna a la destrucción de sustancia y forma y que cuando sea arrojado al fuego se consumirá en él, como en un acto de fe, en este elemento divino de la naturaleza más activa, viril, por así decir. Tal como la teología de Heráclito llamará a realizar —o la fe predecesora— a esta entrega total del cuerpo con el tiempo que aún le quedaba depositado en la paciencia de la madre tierra. Mas queda de esta destrucción una imagen. La imagen del ser vivo aún, en el instante indecifrable del tránsito; se irá elevando, alzándose, en una verdadera ascensión. No queda ya nada, solo la memoria que ha ido más allá del recuerdo, unas palabras conmemorativas, pensamiento.

Ella, la que se entrega indecifrablemente, aparece en leucyto, todavía en el tiempo, mas flotando ya sobre su curso como cuerpo que desde el fondo del fluir de la vida, de la simple vida, aflora a su superficie, dejándose ver. En el río de la vida, de la simple vida, él está a medias sumergido, y solo en algunos instantes que pasan rápidamente aparece su visión deslumbrante. Y ahora, Ella está ahí, visible enteramente y sin deslumbramiento, dócil a la mirada; forma de lo que fue y de lo que apenas el futuro ha dejado de ser. Una forma que no corre, ni lo apetece, hacia el futuro, alterándose al modo de la inestable forma de la presencia viva, simplemente viva que se escapa de sí, que se desmiente; llamada sin tregua desde un más allá, que no es más allá de la simple vida. Y ahora, la llamada está en Ella, en ella misma contenida, encerrada ya para siempre, como si su vida se hubiese detenido por contenerlo ya todo. No va hacia nada, ni admite nada. Y la nada misma se diría que no la afecta. Se ha cerrado en Ella la vida sobre sí misma, se ha vuelto hacia adentro envuelta en el ser. Y el tiempo la rodea sin amenaza, porque ya Ella ha tomado su tiempo, todo su tiempo consigo, y

deja el tiempo libre—su vida no consumirá más tiempo. El tiempo y la vida no se amenazan ya mutuamente. La vida en Ella no sustrae ya nada a la forma, a esa forma semiviviente, flexible, que parece haber alcanzado, estar alcanzando ahora, en el instante mismo, dócil como es enteramente en esa entrega indescifrable. Un instante mismo de una vida la que se entrevé y que solo la razón puede dictaminar que sea precedera. La razón usual ha de detenerse antes los sucesos del ser y la vida, y más todavía si se dan en el absoluto de la muerte; estos sucesos están propuestos a la visión, aunque no se dejen ver sino entrever a lo más, porque ese ver sería comunión. Una comunión que a los vivos que aquí quedan les está prometida por esa misma presencia invulnerable del que está todavía aquí, no propiamente en la vida, sino sobre ella, alzándose desde ella, sostenida—según parece—, solo por su docilidad absoluta. Una forma absoluta, todavía sin salir del tiempo. Un instante absoluto elevándose desde las profundidades del tiempo, desde lo más recóndito del ser viviente. La razón no puede ejercitarse. No hay discurso. Y así se pierde la razón en este instante. No solo la comunión la recobraría.

Desde la vertiente en que los vivos se quedan en el tiempo, que inexorablemente comenzará a fluir para ellos separándolos de la forma perfecta del ser que se ha ido, se siente que esa vida incipiente y cierta sea una vida refleja, que la esté recibiendo de un foco inaccesible que la irá llevando hacia sí. Y dejará la forma perfecta abandonada, confiada ya entonces solamente a la memoria, a la memoria impresa indeleblemente por la visión única, *configurada por el instante absoluto*. “*Et nunc manent in te*”, *permaneceré en ti, dice, en ti, en aquel que no volverá más a verla, en el solo ser en quien esto se verifique*.

Ha vuelto a ser Ella ahora solo criatura. Ahora, ya que para el que recibe la presencia de la entrega indecifrible, los momentos de la temporalidad, pasado, presente, futuro han de ser recorridos como estaciones de una pasión; recorridos y también vividos a la vez, sincronizadamente, sin que por ello se fundan en unidad. Ha vuelto a ser criatura, pues, igual a su nacimiento. La forma que en su día recogió la llamada de la vida se desborda de las formas que la contienen, ha de irse. La vida pide formas indefinidamente para colmarlas y salir luego de ellas, para seguir transitando, según es su esencia—agua que corre incesante. Y la forma se abre y luego se consume, según es la ley de lo viviente: alzarse con la vida y abrasarse en ella como llama. La yedra que acaba, tan húmeda, en yesca. Y así la criatura viviente se mantiene aleteando en el espacio diferencial, que va desde el agua al fuego, a un fuego propio y al de la luz de arriba, hija de un sol que la esciende, que la hiere a medida que ella va alcanzando visión—¿será siempre el ver una herida de la luz? Una visión que ha de acabar viéndose a sí misma, y que cuando la criatura la alcanza, se nos presenta ya como del todo creada. Mas ahora la criatura, alcanzado su nacimiento visible, no resiste al desbordarse de la corriente de la vida, ni se defiende de la luz. Un cierto



fuego prosigue todavía en la forma perfecta, entregada. Forma pura de una belleza inexorable al borde mismo de la diafanidad. La respiración que le falta se muestra como la anunciación de otro medio ambiente donde la vida no consume ya nada, ni se consume.

Hermes el Psicopombo es el veloz, el más ligero de los dioses, el mensajero de los pies alados—según variaciones del mito también cojo. Su ligereza de mensajero de la muerte, ha de estar en proporción con “el inexcrutable designio de Zeus”. La velocidad de la luz ha de ser menor que la de sus pies alados cuando se acercan al elegido por la muerte, al fulminado por el designio divino, para recoger su aliento último, la última flexibilidad de la vida. Y así la ligereza de esa entrega indescifrable de la doncella pura—del alma pura o purificada—ha de exceder a la de la luz. Pues la luz mide toda velocidad conocida, y Hermes, mensajero del inexcrutable designio divino, ha de ganarla, y la entrega ha de verificarse así, en un instante absoluto, sin medida posible en el tiempo. En este tiempo medido por la velocidad de la luz; el tiempo ultraterreno del *Fiat lux* al que la luz obedeció, siendo más veloz que nada, más que ninguna otra criatura por haber sido primeramente criada.

No aparece en la mitología griega, como se sabe, ningún relato referente al *Fiat* creador, creador de todo el universo y, antes, de la luz que, según hemos de creer, de ella proviene. Y la física comprueba esta condición de la luz de ser la criatura primera—la ágil por obediente. Y con la luz, bajo ella, la vida. Si la vida hubiera surgido coetáneamente con la luz, la muerte no tendría lugar. Mas la vida vino después con la creación de las especies animales, tras de la separación de las aguas tras de la escisión operada por el *Fiat* y por su luz. Los pies alados de Hermes habían de ser, pues, más veloces

que las flechas del mismo Apolo. Hermes como mensajero de la muerte viene de la oscuridad divina y de la luz no vista por mortales. Ya que aquí nos llega el último paso de esa luz primera, naciente por la palabra, la luz que es al par verbo, el Verbo.

Y así ha de encender una y otra vez la llama, la parpadeante, precedera luz mortal de que disponemos. La antorcha de Hécate alumbrando la ascensión de Eurídice desde los infiernos, es luz mortal. Y si Orfeo irreprimiblemente volvió la cabeza, no pudo ser sino por esta luz sin vida. Perséfone, como se ve en un vaso del Museo de Berlín, prosigue como sin ver esta luz de las antorchas de Hécate, que solo a medias la rescata.

Una paz más allá del equilibrio mostrado por la proporción, por la desolación de la escena indescifrable del leucyto ahora blanco—¿lo estuvo en un principio, o no llevaba los colores de la muerte?—; una trascendente luz, única y homogénea, que circula, y obliga por tanto a circular, que da en la blanca roca de la Acrópolis. La circulación de la luz se hace allí no solo evidente sino visible, sensible. Los sentidos adormecidos se despiertan, llamados por esa luz de la roca sobre la que se erigen algunos templos reducidos y elevados a su condición esencial de signos. No es la arquitectura erigida por los hombres sino lo que ella ha sido y mantenido por lo divino. Ese signo que de toda ofrenda pura a los dioses trasciende. Nada en la Acrópolis, según nos dicen, estuvo dedicado a la muerte, ni al morir. Toda ella fue un ara, una simple ara, más no puede ni ha podido nunca erigirse sin una danza circular en torno, sin un recorrer luz y sombra, muerte y vida, ocultación y manifestación; hasta que todo con ayuda del tiempo, Cronos, que restituye al fin todo lo por él devorado, se establece. Un ara de luz, que ahora es ella la que circula. La luz establecida, fijada sin dejar de ser viviente. La visibilidad donde, si nada vemos con estos ojos de los mortales, todo podría ser visto. Y así se siente. Un ara en que la luz del firmamento desciende como en su lugar más apropiado, una luz que identifica pasión y conocimiento, agonía y ser en la identidad, Ara coeli.

Una luz provisoria, sin duda, una estación de la luz, relativa y absoluta a la par. Una referencia como toda luz visible. Un mínimo despliegue, un leve mostrarse de la luz original siempre virgen, intacta en todos los pasos de su tránsito sobre la tierra, creando su propio medio allí donde se hace un tanto visible, y más sentida que vista. Un aviso o noticia de esa luz primera. Y así la muchacha—sin edad—de la escena que muestra, en el leucyto, la entrega indescifrable, parece ir llevada hacia esa luz. No parece que vaya a descender a los infiernos para volver desde ellos alumbrada por las antorchas de Hécate. Y aun si este viaje fuera de necesario cumplimiento, iría luego a albergarse en esa luz que la recogería guardándola, envolviéndola en el tiempo, otro tiempo ya, más tiempo, el tiempo de una nueva concepción. Un irse haciendo el nuevo ser al par que transita. Tránsito más allá de la muerte, atravesando la muerte. Tal como les sucedió a esos siete durmientes que entraron en la caverna tras de haber bebido un agua y comido unos frutos puros. Y allí se durmieron en espera de la resurrección.



TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL. 2007

Lic. *Mayela Cascante Fonseca*
Decana, Centro de Estudios Generales
Lic. *Rafael Zamora Brenes*
Vicedecano, Centro de Estudios Generales
Dra. *Zaida Fonseca Herrera*
Lic. *Enrique Mata*
Lic. *Maribel León Fernández*
Lic. *Gerardo César Hurtado Ortiz*
Académico y escritor, Presidente de la Comisión Editorial

ARTES FINALES

Victor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

En la esfera del humanismo viene a la reflexión el pensamiento sobre las artes, especialmente su relación con el mundo de la antigüedad. De esta reflexión surge el sentido de lo humano y su ponderación a través del tiempo. El simbolismo de Hermes condiciona el tiempo de espera del hombre para que se consagre a su quehacer en el paso por la vida terrenal. Es la reflexión sobre el tiempo: las artes posibilitan el sentido de un acaecer—un pensador del siglo XX diría que en la técnica el hombre realiza su mundo, a la vez su compromiso racional tiende a la destrucción de su ambiente natural—; la reflexión sobre el símbolo arcaico de Hermes, es la promesa inferida de que el hombre resucita en la decadencia del mundo material. La finitud del hombre es compelida por los elementos primordiales de su salvación, en la esfera de los dioses, en el catolicismo por la resurrección. El mensaje es indicador de que lo sobrenatural concierne a la vida en el mundo en que vivimos.

Con su prosa exquisita la maestra María Zambrano, filósofa por antonomasia, nos lleva de la mano en ese periplo por la instancia de la vívida realidad de que el pensamiento tiene prevalescencia más allá del mundo que existe, que el pensar es radical en el hombre; no tiene límites, sino el miedo a la muerte.

La poesía esta vez nos produce una visión contrapuesta al pensar teórico, y nos alegra el ánimo como alimento del espíritu y para que el lector se sorprenda una vez más con este autor nacional.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

Créditos: Portada: Ilustración original, textura digital sobre cuerpo desnudo, Sabrina Hurtado Guevara, 2007. • Contraportada: Rostro, "felina", revista de moda, años 40.